

## DESCIFRACION DEL QUIJOTE

---

Sobre el Quijote libro y sobre el Quijote personaje literario, desde hace más de un siglo hay tablas mágicas, claves de descifración. A partir del romanticismo se ha creído hallar en ambos, aparte del significado directo y que fluye ostensiblemente de la narración, un significado no expreso, esotérico o perceptible sólo al profundo sondeaje de la crítica.

Lo que Don Quijote guarda misteriosamente en su psicología compleja de varón ejemplar, superactivo, insumiso, se ha dicho dentro de esta revelación iniciática en las formas más distintas y contradictorias. Al exponer la suya propia Paolo Sauj-López (1) justifica tan varia amplitud por el punto de vista de cada cual. "Quien contempla durante el plenilunio la inmensidad del mar, ve una faja plateada que tiembla y resplandece, alargándose en las ondas como un luciente sendero, desde el horizonte hasta sus piés; y al margen de aquella estrella desaparecen las aguas en el fondo oscuro de la noche. Pero otros observadores, colocados a mucha o poca distancia del anterior, verán igualmente un rayo de luz ante sí, cada cual el suyo y para el uno está en sombra lo que para el otro está iluminado". Relacionando el hecho con la interpretación de una obra maestra se puede explicar la multicomprensión por el viaje lumnioso que la referida obra hace desde el centro de su época histórica, irradiando en mil sentidos diferentes, hasta cada momento y cada apetencia vital. Llega a nosotros y se sume en el remolino de nuestra existencia. Sin querer, desgajamos de ella el fruto que más se conforma con el calor palpitante de hoy. Pero en el Quijote—libro y personaje—la riqueza interpretativa ha sido de excepción.

José Ortega Gasset tal vez explique la causa(2) cuando nos asegura que el libro cervantino es un excelente specimen de la cultura

---

(1)—Paolo Sauj-López. "Cervantes".

(2)—José Ortega Gasset. "Meditaciones del Quijote".

mediterránea. Cultura mediterránea es cultura de primer plano, en contraste con cultura germana que es cultura de realidades profundas. Lo mediterráneo es pura sensualidad—concreción, apariencia, individualidad de las cosas—reverberación de superficies, en suma. Lo germánico, en cambio, agrega a la vida, la meditación de la vida. La visión del mundo se eleva así hasta alcanzar un trasmundo ideal, la percepción se convierte en concepto. En Cervantes es incomparable la potencia visual, auditiva, táctil: “llega a tal punto que no necesita proponerse la descripción de una cosa para que entre los giros de la narración se deslicen sus propios, puros colores, su sonido, su íntegra corporeidad”. En escritores germanos, Goethe por ejemplo, las cosas no se presentan con tan acusado relieve, porque propia y directamente ño son tales sino recuerdos, imágenes o impresiones espirituales de las cosas. Hay la cosa y su doble psíquico. Así, el libro y su personaje reclaman ser pensados, sumergidos en el sueño, la sensibilidad o la cogitación profundos. Por no haberlo hecho el propio Cervantes lo hacen tantos otros, cada cual y con tan dispar consecuencia.

Antes de los románticos la crítica, de inspiración neo-clásica, se dió al trabajo erudito de estudiar el estilo de la obra, sus precedentes e ingredientes literarios, el desarrollo del argumento, etc., todos aspectos obvios en el estrato primero, con mucho que solo el análisis lenticular de sabios maestros podían precisarlos. Tal sentido tienen las anotaciones de Clemencín a su edición del Quijote (1833—39) y lo tienen aún en nuestros días las ediciones comentadas de F. Rodríguez Marín (1916 y 1924) que ironiza acerca de quienes “se dedican a destilar por la fina alquitara filosófica la quinta esencia de la significación del Quijote, invectiva contra los libros de caballería—el mismo Cervantes lo dice—de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio ni alcanzó Cicerón” (1).

Pero el mensaje que nos envía el genio no se reduce a lo consciente, a lo que deliberadamente incorpora aquel dentro de su voluntad expresiva, sino que comprende también las germinaciones profundas y a menudo peregrinas e ingentes que nacen en el subconciente y que a través de signos o circunstancias sujetos a interpretación pueden tornarse inteligibles. Además, toda gran vida es susceptible de consideraciones filosóficas porque representa un ápice humano, ya sea del ta-

(1)—Nota al cap. XXVI de la Primera Parte del Quijote ed. de 1916, cita de Américo Castro.

lento, la virtud o la acción. Es una flecha que señala con énfasis y vibración incomparables una directiva, un derrotero al hombre. Y las grandes vidas creadas por el arte literario no son menos patéticas ni menos reales que las vidas humanas. Existen y si no son tangibles a la manera vulgar en que le son nuestros parientes y amigos, lo son—y mucho más que éstos en general—por su influencia en nuestras ideas, por la preocupación que nos causan, por la inmortalidad con que se instalan en el ancho tiempo. Los médicos, tan celosos de su convicción positiva, los llevan a la clínica y les dan su diagnóstico.

Como en muchos sucesos de arte, de fuera de España llega la ola admirativa. Rousseau está entre los iniciadores del entusiasmo, como que inicia la gran llamarada romántica. “Se necesita escribir como Cervantes para que leamos seis volúmenes de visiones!” exclama. Y por su tiempo y desde entonces arriban a la España de Don Quijote las más sugestivas disgresiones críticas. Para el filósofo alemán Josef Schelling Don Quijote no es el caso particular de un pobre orate satirizado por Cervantes; su valor es universal y humano. La humanidad entera se cifra en su ilusión y su fracaso. Teófilo Gautier prefiere, decir, abandonando sentido tan amplio, que es un representante de España. El y Sancho resumen el carácter nacional y no se puede dar un paso por el país sin evocar su recuerdo. Como en España, se encuentra en las dos figuras arquetípicas “exaltación caballeresca y espíritu aventurero, junto a un gran sentido práctico y a una jovial bondad, llena de finura y de ironía” (1). Y Guillermo Humboldt corroboró a Gautier cuando al recordar sus viajes por la península, apunta que nadie comprenderá bien a Sancho mientras no haya visto a un arriero español, dentro de su propio paisaje, empujando la bota de vino a la grupa de su asno. Enrique Heine vió en la obra la más fina sátira contra el entusiasmo humano y en el caballero, por consecuencia, el adelantado de la fé, el optimismo y la confianza en el ideal. Ivan Turgueneff considera a Don Quijote como el extremo opuesto a Hamlet. Don Quijote y Hamlet son los dos polos del espíritu humano. Don Quijote es la acción pura; Hamlet el pensamiento puro. Don Quijote hace las cosas que su voluntad quiere sin medir en ellas; Hamlet medita demasiado en las cosas que va a hacer y finalmente evade su ejecución. El uno peca por hacer mucho; el otro no hacer nada. En todos los hombres se combinan Don Quijote y

(1)—Citaciones de Sauj-López.

Hamlet en una gama de proporciones variamente infinita. Hay Quijotes puros y Hamlets puros pero desde estos finales de la serie avanzan grados en que preponderan uno u otro, respectivamente, sobre una minoría de síntomas contrarios. Sauj-López se eleva al voluntarismo de Schopenhauer para aplicar el enigma. Según esta concepción una obra narrativa es tanto más perfecta cuanto más interna sea la vida que objetiviza, cuanto más estrecha sea la relación entre el querer y el hacer y más se rindan los accidentes exteriores a la íntima necesidad. “La acción no debe ser más que el reflejo de la vida interior, única digna de llamar nuestra atención y debe tender a expresar con formas imperecederas la infinita variedad y movilidad de las actitudes. Para los que así piensan Don Quijote, innegablemente, puede aparecer como el héroe perfectísimo de la vida interna, así como Reinaldos y Rolando eran los héroes perfectos de la vida externa”. Don Quijote vive tan intensamente su vida interior que desde aquella férvida oquedad no extrae sino las más puras decisiones de su conducta social y como el medio ambiente le contradice, reforma el medio ambiente según una norma subjetiva: todo se reduce radicalmente a su propio pensar, sentir y desear. Los otros caballeros andantes, Arturos, Amadises y Palmerines, hallaron un mundo conformado al cumplimiento de su misión: por todas partes dragones, gigantes, ejércitos, castillos, princesas. Don Quijote no encuentra sino la llanura yerma, la venta soez, el rebaño vulgar. Pero no se rinde a la vil realidad sino que la reforma de acuerdo con sus sueños. Es el gran adecuador de la realidad a sí mismo. “Loco o cuerdo, nosotros acabamos inconcientemente por admirar al caballero en aquella intensidad de su potencia para transformar las apariencias de la vida creando su propio universo. Loco o cuerdo, Don Quijote es aquel que sabe fuerte y desdenosamente vivir según su propia verdad”.

El comentario español, aunque con posterioridad al extranjero, también ha vertido su ideación recóndita frente al Caballero de la Triste Figura. El más antiguo y respetado de los juicios es el de Don Juan Valera (1). Opinión sobre el libro y sobre el autor, se puede sin embargo deducir una identificación del personaje. El libro es para Don Juan Valera, sobre todo, una parodia de los libros de caballe-

---

(1)—Juan Valera. “Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle”. Discurso leído ante la Real Academia Española el 25 de Setiembre de 1864.

ría pero a la cual debe añadirse, sin que sea contradictorio, una apología del espíritu caballeresco, del cual estaba Cervantes verdaderamente enamorado. Uno es el intento premeditado al hacer una obra de genio, y otro el instinto o inspiración semidivina "Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeresco, pero confirmándole antes que negándole. No fué esta su intención, pero fué su inspiración inconsciente, la esencia y el ser de ingenio. . . ." El mundo ideal en que se desarrollaban las novelas de caballería tenía un maravilloso esplendor de poesía y de belleza; y los propósitos del caballero, el honor, la lealtad, la fidelidad en los amores, el bien a los humildes, eran ambos queridos y reverenciados por Cervantes. Pero el instante de la historia humana era distinto: alentaba una inspiración práctica para las cosas de la vida, producida por el progreso de la ciencia experimental y los grandes descubrimientos. Las hazañas valederas no se estimaban ya como desenvolviéndose en el sueño nebuloso de las leyendas medioevales, sino en los caminos de América y el Extremo Oriente, que acababan de ser descubiertos y conducían a nuevos mundos ingentes e inexplorados. Buscaba la humanidad ávidamente certezas obvias y concretas. Cervantes recoge este anhelo colectivo y prorrumpe su franca carcajada entra la fantástica inoportunidad de las creaciones caballerescas. Es un rectificador de fuentes imaginativas; quiere reemplazar las caducas por las actuales, pero sin menospreciar la calidad estética ni moral que encierran las primeras. Don Quijote, así, es principalmente un noble caballero desubicado en el tiempo. Su demonio es el anacronismo; se esfuerza por revivir lo que está definitivamente extinto, la Edad Media. Y lo vivo de su tiempo, la poderosa estructura social que va produciendo la civilización moderna, se burla y castiga sin piedad a Don Quijote. Pero con todo, no logra aniquilarlo completamente. Superviven en él su originalidad ética y su gentileza mental. "Don Quijote burlado, apaleado, objeto de mofa por los duques y ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la deservuelta Altísidora, y hasta pisoteado por animales ímundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que lea Don Quijote, más simobjeto de escarnio lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan su monomanía es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura".

El tercer centenario de la aparición del Quijote (1905), produjo una nutrida literatura crítica, entre la que sobresalió por brillante, original y paradójica la contribución de Don Miguel de Unamuno (1). Indagación del personaje, con prescindencia del libro y del autor, es la más inesperada y patética superestimación de Don Quijote. Para Unamuno Don Quijote es más real y más interesante que Cervantes y se extraña de lo poco averiguado que está su vida por los eruditos, algo que solo se explica suponiendo que estos se hallan "en tan esparcida cuanto nefanda creencia de que Don Quijote no es sino un ente ficticio y fanático, como si fuera hacedero a humana fantasía el parir tan estupenda figura". Don Quijote es un loco cuerdo. Loco en lo incidental, lo pasajero, lo anecdótico, puesto que confunde unas cosas con otras; pero cuerdo en lo esencial, lo permanente, lo eterno, puesto que no desplaza su prodigiosa actividad sin razón ni motivo como lo hace el insano verdadero sino con la razón y el motivo de la inmortalidad. Quiso hacerse caballero andante "así para el aumento de su honra como para el servicio de la república e irse por el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones peligrosas, donde cobrase eterno nombre y fama" (Cervantes). "En esto de cobrar eterno nombre y fama, agrega Unamuno, estribaba lo más de su negocio, en ello el aumento de su honra, primero, y el servicio de la república, después. Y su honra ¿qué era? Que es sino un ensancharse en espacio y prolongarse en tiempo la personalidad? ¿Qué es sino darnos la tradición para vivir en ella y así morir del todo? Podrá ello parecer egoísta y más noble y puro buscar el servicio de la república primero, si no únicamente, por lo de buscad el reino de Dios y su justicia, buscarlo por amor al bien mismo, pero ni los cuerpos pueden menos de caer en la tierra, pues tal es su ley, ni las almas menos de obrar por ley de gravitación espiritual, por ley de amor propio y deseo de honra. Dicen los físicos que la ley de la caída es ley de atracción mútua, trayéndose una a otra la piedra que cae en la tierra y la tierra que sobre ella cae, con razón inversa a su masa, y así entre Dios y el hombre es también mútua la atracción. Y si él nos tira a Sí con infinito tirón, también nosotros tiramos de él. Su cielo padece fuerza. Y es El para nosotros, ante todo y sobre todo, el e-

(1)—Miguel de Unamuno. "Vida de Don Quijote y Sancho".

terno productor de inmortalidad". "El pobre e ingenioso hidalgo no buscó provecho pasajero ni regalo del cuerpo, sino eterno nombre y fama, poniendo así su nombre sobre sí mismo. Sonetióse a su propia idea, al Don Quijote eterno, a la memoria que de él quedase. "Quien pierde su alma la ganará"—dijo Jesús; es decir, ganará su alma perdida y no otra cosa. Perdió Alonso Quijano el juicio, para ganarlo en Don Quijote: un juicio glorificado". Como signo de esta excelsa cordura, Unamuno señala el hecho de que no se diera al mundo y a su obra redentora "hasta frisar en los cincuenta años, en bienazonada madurez de vida. No floreció, pues, su locura hasta que su cordura y bondad hubieron sazonado bien. No fué un muchacho que se lanzara a tontas y a locas a una carrera mal conocida, sino un hombre sesudo y cuerdo que enloquece de pura madurez de espíritu". Contrasta, en cambio, con esta bella manera de ser loco, la fea cordura, el mediocre sentido común, el juicio incomprensivo de la inmortalidad y de la gloria, que muestran el cura, el barbero y el bachiller del pueblo de Don Quijote. Son ellos los que sacrifican el eterno nombre y fama que pudieran adquirir al provecho pasajero y el regalo del cuerpo. El choque dramático de las dos maneras de comprender la vida, la generosa y la egoísta, no se produce entre Don Quijote y Sancho que con divergencias de causa y de educación siguen, sin embargo, unidos en la notable aventura; sino entre el grupo heroico de amo y criado y los mezquinos burgueses de aquel "lugar de la Mancha". Y en esta lucha fué Don Quijote finalmente vencido. Por dos veces lo llevaron a su pueblo, la primera vez ignominiosamente enjaulado y la segunda para morir, para morir doblemente, recuperando la plena razón, la razón de ellos, y expirando físicamente después. Existe un problema: el sepulcro de Don Quijote está en manos de los curas, barberos y bachilleres; el Caballero de la Locura sigue preso de los Caballeros de la Razón. Debe levantarse una gran cruzada, frenética, irrazonable, que ante nada se detenga ni nada escuche, que grite con voz estridente y agría, que golpee y hiera, que no escuche sino su fé, que se embriague en la abismática poesía de su fanatismo y que sea la que finalmente rescate el sepulcro de Don Quijote. Será esta cruzada el símbolo de toda acción ilustre y estable. "Si quieres, mi buen amigo, llenar tu vocación debidamente, desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia y que no son sino mezquinos remedos de arte y de la ciencia verdaderos. Que te baste tu fé. Tu fé será tu arte, tu fé será tu ciencia". "Procura vi-

vir en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Solo los apasionados levantan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas". Tal el Don Quijote que Unmuno nos presenta y tal el quijotismo, conflagración delirante de toda nuestra vida bajo la llama del ideal, a que patéticamente nos invita.

Para Gabriel Alomar la novela cervantina es como "la elegía del tiempo medioeval, el lamento por la muerte del espíritu romántico, vencido por el espíritu neo-pagánico del Renacimiento "y Don Quijote" es el último de los caballeros andantes, un rezago de la magnífica cabalgata de aquellos nobles que defendían el individualismo aristocrático de la Edad Media, ahogado por el poder real absorbente. Lo que antes era muestra de la distinción más pura y de la legítima sangre noble, se había transformado, por azar del tiempo en ridícula parodia: el entusiasmo místico había pasado a ser locura" (1). En la hora en que los villanos triunfan como aliados de la corona contra los señores que pasan a ser sirvientes de la corte, cae también el castillo vencido por la venta. Por el campo plebeyizado y por las ventas, cruza el Último Caballero. Un enjambre vil de arrieros, mercaderes, cuadrilleros, damiselas, pícaros, multitud pletórica e ininteligente, lo mira sin comprenderle. Es inactual y extraño como un aparecido, Equivale a la animación insólita de una viñeta de códice policromado. Sus ojos brillan con el resplandor de una humanidad muerta. Le rodea el halo misterioso de la leyenda. El mundo no es suyo, es de Don Juan, que lo recorre atropellando razones y hollando virtudes. Se levanta una humanidad afanosa de placer material que busca la desnudez provocante y el hartazgo pantagruélico. Contra ella insurge Don Quijote, obstinado fantasma, que proclama la universal nobleza y generosidad, la excelencia de la belleza pura, el ideal superpatriótico y cosmopolita de la justicia, la ruptura de todas las cadenas y el deber caritativo y evangélico de acariciar a las criaturas humildes. Es además un taumaturgo. Dentro de su alma solitaria ha creado una propia concepción del mundo sin relación alguna con el bajo mundo de cada día, sin mácula de contingencia terrenal. Pero la llanura sedienta, en la que no hay ni la sombra, dejada al pasar por el ala del sueño; pero los yangüeses brutales, en los que no asoma trazas de caballeros bien criados; pero los molinos inexpresivos, en los que no hay alusión, sino lejanísima, a gigantes, le oponen una resistencia descarada y sorda.

(1)—Gabriel Alomar. "Verba".

Don Quijote es el mago animador de aquel paisaje letárgico. Todo se puebla, transfigura, multiplica, colora. Representa la victoria del hombre en esa lucha sempiterna y fecundante con la realidad en torno.

Conduciéndonos a través del Quijote, Salvador de Madariaga (1) nos define al caballero como un loco por engaño de sí mismo. “Mucha lectura y poco sueño hicieron que Alonso Quijano dejándose llevar de su afición a ensoñar e idealizar, traspasara los umbrales de la cordura. Dominóle una ilusión que, por creada en las recámaras de su propio cerebro, sabía ser vana y engañosa; mas por vivificada al soplo de su imaginación, digna de su lealtad y abnegación. Y fiel y abnegado, Alonso Quijano, ya camino de Don Quijote, permaneció fiel a su quimera hasta aquel sueño que le despertó a la cordura poco antes del sueño que le despertó a la vida eterna. El crecimiento de esta ilusión, la guardia celosa y vigilante con que Don Quijote la protege contra todo enemigo exterior (o del mundo) e interior (o de su propia alma), su usura, lenta y gradual a manos de la realidad infatigable y cruel y su decadencia final—con los altos y bajos que en el ánimo del caballero produce todo ello—tal es, en cuanto concierne a Don Quijote, el argumento de la novela”. Don Quijote logra la autosugestión y cree en la ideal arquitectura que se forja, en cuyo centro esplende la luminosa concepción de Dulcinea, la más perfecta y abstracta de sus creaciones, como que es emblema de la Gloria, móvil de todas sus empresas. Pero tiene el hidalgo un enemigo interior que va minando paulatinamente el castillo de su fé: la duda. Lucha valerosamente contra ella, la vence y llega a una especie de hegemonía de sí mismo que dura el último tercio de la Primera Parte y el primero de la Segunda, pero que emprende una declinación fatal desde esta última hasta el final del libro. La realidad, la experiencia y el contacto con un espíritu positivo y práctico como el de Sancho, estimulan poderosamente el proceso de la duda. Es sintomática al respecto la aventura de la cueva de Montesinos. Desciende Don Quijote a la cueva y luego narra a Sancho las mamraviñas que le han acontecido al interior. Pero da a su historia un tono de humorismo muy distinto al de la solemne y grave narración que acostumbra para sus hazañas. Dice ser verdadero lo que le ha sucedido, pero el dejo jocoso parece agregar: “Todo eso os lo digo en broma; si lo creéis a pié juntillas la culpa no está en mis engaños sino en vuestra sencillez”. Humorista, realista,

(1)—Salvador de Madariaga. “Guía del Lector del Quijote”.

irreverente con las cosas de la caballería, consigo mismo, revela un empobrecimiento espiritual que lentamente lo lleva hasta encadenarlo, de nuevo, al mundo material. Mientras Sancho, en inverso sentido, desarrolla su alma y asciende ganando en desinterés, lenguaje culto y señorío, Don Quijote desciende perdiendo en ánimo combativo, confianza en sus sueños y amplitud espiritual, hasta llegar a su total derrota, muy anterior, virtualmente, al momento en que recupera la razón en su lecho de muerte. Don Quijote es la fé que se defiende desesperadamente y es al fin vencida por el escepticismo amargo.

A Ramiro de Maeztu le parece Don Quijote la encarnación del fracaso (1). Verdaderamente no se puede entender a Don Quijote sin conocer a Cervantes y a la España de su tiempo. Había tenido Cervantes sucesivamente tres ideales: ser héroe, ser escritor, ser hombre práctico. En los tres había sido rechazado por la suerte. Principia bien en Lepanto su carrera de heroísmo pero termina siendo un prisionero en Argel. En Argel sueña no sólo con libertarse personalmente sino en ser el caudillo de los cristianos cautivos, romperles a todos las cadenas y redimir la misma tierra para España y el cristianismo. No consigue, a través de innumerables tentativas, sino más fracasos y dolores. Al fin lo rescatan, vulgarmente, pagando escudos de oro. Al volver a España nadie quiere oír hablar de las glorias de Lepanto. Está ya lejana la gloriosa fecha y son muchos los héroes que la han explotado. Desengañado, se decide por las letras. Hace de novelista y comediógrafo, pero no tiene lo suficiente para vivir. Al cabo se decide a ser hombre práctico. Es comisario de la Invencible Armada. Tiene dificultades en las cuentas. Cae repentinamente en la cárcel, empapelado por la justicia. Termina su carrera de funcionario administrativo. La España de Cervantes no era distinta. "Si Cervantes estaba cansado cuando concibe Don Quijote, no lo está menos la nación española. Al terminar el siglo XV y en el curso del siglo XVI España completaba la liberación del territorio nacional contra un enemigo que durante ocho siglos lo había ocupado, realizaba la unidad religiosa, expulsaba a moros y a judíos, llevaba a cabo la epopeya de descubrir, conquistar y poblar las Américas, a costa, en parte, de su propia despoblación; paseaba sus banderas victoriosas por Flandes, Alemania,

---

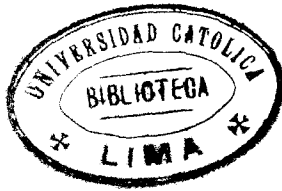
(1)—Ramiro de Maeztu. "Don Quijote, Don Juan y la Cefestina. Ensayos en simpatía".

Italia, Francia, Grecia, Berbería. De cada hogar español había salido un monje y un soldado a la vez. Santa Teresa había visto salir de su casa para América a todos sus hermanos, y gran lectora de libros de caballería, había soñado con recorrer el mundo. Todo el siglo XVI fué para España un estallido de energía". . . . "Pero en los años en que el Quijote se engendra y escribe, España se halla ya, y en consecuencia de su pasmosa actividad creadora, exhausta, despoblada — solo en el reinado de Felipe II había perdido dos millones de almas—miserable, cercana a la derrota". España quiere reposo. El libro de Cervantes es una invitación al reposo. España había soñado con imponer la fé universal por medio de las armas. Al concebirse el libro inmortal ya se había producido la pérdida de la Invencible Armada, la autonomía de Portugal la emancipación de los Países Bajos, las insurrecciones de Nápoles y Cataluña. El ideal de libro de caballería con que España soñora caía deshecho. Por eso del Quijote se desprende la filosofía concreta que ha llegado a convertirse en máxima del alma española: "no nos metamos en libros de caballería; no seamos Quijotes; el que se mete a redentor sale crucificado". Don Quijote es la versión inmediata del estado de alma de su autor y de su pueblo, es la cifra de la inacción después del fracaso. Pero además, y fuera de su perspectiva histórica, tiene otro contenido: Don Quijote es el protipo del amor, en su expresión más elevada de amor cósmico. Es un gran enamorado y todo gran enamorado se propondrá siempre realizar el bien de los hombres por medio de arriesgadas y generosas acciones. Mas el amor solo no mueve el sol y las estrellas como Dante afirma equivocadamente. El amor necesita de la fuerza racionalmenté aplicada. Y para aplicarla racionalmente, necesitamos ver antes las cosas como son en realidad. Es deber inexcusable la verdad. Confundir molinos con gigantes no es simplemente una alucinación, es un pecado.

El libro de Ortega y Gasset, ya citado, está constituido por elegantes evoluciones en torno a la obra de Cervantes como pretexto de ubicación de la cultura mediterránea y el género novelesco. Sin embargo, tange al personaje, sacándole la fina resonancia que mente tan selecta saca al rozar todas las cosas. Don Quijote es el protipo del héroe. Héroe es quien quiere ser el mismo. La raíz de lo heroico hállese en un acto real de voluntad. Es héroe el personaje de la tra-

gedia, por eso, más que el de la épica. Aquiles hace la epopeya, el héroe la quiere. El sujeto trágico no lo es en cuanto hombre de carne y hueso, sino en cuanto quiere. La voluntad es el tema trágico. Don Quijote fué lo que quiso.

Lima, Junio de 1933.



José Jiménez Borja.

---